



Podemos
recordarlo todo
por usted



Philip K. Dick

Relato que inspiró a la película Desafío Total

Podemos recordarlo todo por usted es un cuento de ciencia ficción escrito por Philip K. Dick y publicado en abril de 1966 en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. Representa un clásico enmarañado acerca de la realidad, la falsa memoria y la memoria real.

Douglas Quail, un hombre simple y ordinario, desea visitar Marte. Incapaz de permitírselo, visita una empresa, Rekal, Inc., que ofrece memorias implantadas. La tentativa de implantar algunos recuerdos marcianos vivos en Quail como un agente secreto, revela que es en realidad un agente encubierto del gobierno, al que le fueron manipulados sus recuerdos debido a lo peligroso de los secretos que conocía.

Despertó..., y deseó Marte.

Pensó en los valles. ¿Qué se sentiría al caminar por ellos? Creciendo incesantemente, el sueño fue en aumento a medida que recuperaba sus sentidos: el sueño y el ansia. Casi llegaba a sentir la abrumadora presencia del otro mundo, que solamente habían visto los agentes del Gobierno y los altos funcionarios. ¿Y un empleado como él? No, no era probable.

—¿Te levantas o no? —preguntó su esposa Kirsten, con tono soñoliento y con su nota habitual de malhumor—. Si estás ya levantado, oprime el botón del café caliente en el maldito horno.

—Está bien —respondió Douglas Quail.

Descalzo, se dirigió desde el dormitorio a la cocina. Allí, tras haber hecho presión, obedientemente, sobre el botón del café caliente, tomó asiento ante la mesa, extrajo un recipiente pequeño, de color amarillo, de buen Dean Swift. Inhaló profundamente y la mezcla Beau Nash le produjo picor en la nariz y al mismo tiempo le quemó el paladar. Pero continuó inhalando; el producto le despertó y permitió que sus sueños, sus nocturnos deseos, sus ansias esporádicas se condensaran en algo parecido a la racionalidad.

«Iré —se dijo a sí mismo—. Antes de morir, veré Marte.»

Por supuesto, era imposible, y aun soñando, esto lo sabía muy bien. Pero la luz del día, el ruido habitual que hacía su esposa al cepillarse el cabello ante el espejo del tocador..., todas las cosas conspiraron repentinamente para recordarle lo que él era.

«Un miserable empleado asalariado», se dijo con amargura. Kirsten le recordaba tal circunstancia por lo menos

una vez al día, y él no la culpaba por ello; era una labor de esposa lograr que el marido asentara los pies firmemente sobre la tierra. En la Tierra, pensó, y se echó a reír. La frase le hacía gracia.

—¿En qué estás pensando? —preguntó la esposa, cuando entró en la cocina arrastrando por el suelo un extremo de su larga bata color rosa—. Apuesto a que estás soñando de nuevo. Estarás en las nubes, como siempre. Tienes la cabeza llena de pájaros.

—Sí —respondió él, mirando por la ventana de la cocina hacia los taxis aéreos y demás artilugios volantes, así como a la gente que se apresuraba para acudir a su trabajo. Al cabo de un rato, también él estaría entre todas aquellas personas. Como siempre.

—Apuesto a que tus sueños tienen algo que ver con alguna mujer —dijo Kirsten, sonrojándose.

—No —contestó—. Con un dios. Con el Dios de la Guerra. Tiene maravillosos cráteres y en sus profundidades crece toda clase de vida vegetal.

—Escucha —dijo Kirsten, agachándose a su lado y hablando calurosamente, a la vez que abandonaba por unos instantes el tono normal y áspero de su voz—. El fondo del océano..., nuestro océano, es infinitamente más bello. Lo sabes bien; todo el mundo lo sabe. Alquila para los dos un equipo de branquias artificiales, pide una semana de permiso en el trabajo y podremos sumergirnos y vivir en uno de esos maravillosos lugares de recreo acuáticos que están abiertos todo el año. Y además...

La mujer se detuvo y añadió tras una breve pausa:

—No me escuchas. Deberías hacerlo. Eso es mucho mejor que tu obsesión por Marte. ¡Ni siquiera me escuchas! ¡Cielo santo! ¡Estás condenado, Doug! ¿Qué va a ser de ti?

—Me voy a trabajar —dijo él, poniéndose en pie y olvidándose del desayuno—. Eso es lo que va a ser de mí.

La esposa lo miró con expresión dubitativa y dijo:

—Cada día estás peor, más y más fantástico. ¿Adónde te va a llevar todo esto?

—A Marte —contestó, abriendo la puerta del armario para tomar una camisa limpia.

Tras haber descendido del taxi, Douglas Quail caminó lentamente a través de tres abarrotadas calzadas especiales para peatones, dirigiéndose hacia aquel umbral moderno y atractivo. Allí se detuvo contemplando el tráfico de media mañana y con suma calma leyó el rótulo de neón. Ya en el pasado lo había leído muchas veces, pero nunca desde tan cerca. Esto era diferente. Lo que hacía ahora era algo más. Algo que más pronto o más tarde tenía que suceder.

REKAL, INCORPORATED

¿Era ésta la respuesta? Después de todo, sólo era una ilusión, quizá muy convincente, pero no dejaba por ello de serlo. Al menos objetivamente. Pero subjetivamente..., todo lo contrario.

Y, de todas maneras, en los siguientes cinco minutos tenía una cita.

Respirando profundamente cierta cantidad del aire medio envenenado de Chicago, atravesó a continuación el policromo umbral y se acercó hasta el mostrador de la recepcionista.

La rubia y bella muchacha del mostrador, de atractivos senos desnudos e impecablemente ataviada, le saludó con suma simpatía:

—Buenos días, señor Quail.

—Sí —replicó él—. Estoy aquí para tratar acerca de un tratamiento Rekal, como usted sabe.

—Por supuesto —dijo la recepcionista, tomando un pequeño auricular que había a su lado.

Luego anunció:

—El señor Douglas está aquí, señor McClane. ¿Puede entrar ahora, o es demasiado pronto?

Surgieron del auricular unos extraños sonidos.

—Sí, señor Quail —dijo la joven—. Puede usted entrar; el señor McClane le está esperando.

Al avanzar el señor Quail con ciertas dudas, la muchacha le advirtió:

—Habitación D, señor Quail. A su derecha.

Durante unos instantes creyó haberse perdido, pero pronto encontró la habitación indicada. Se abrió la puerta automáticamente. Tras una enorme mesa de despacho, se hallaba un hombre de mediana edad, de aspecto afable y ataviado con un traje gris marciano de piel de rana; solamente aquel atavío hubiese sido suficiente para indicar a Quail que acababa de acudir a visitar a la persona más adecuada.

—Siéntese, Douglas —dijo McClane, señalando con una mano regordeta hacia una silla que había frente a su mesa de despacho—. ¿De manera que desearía ir a Marte? Muy bien.

Quail tomó asiento, sintiéndose muy nervioso.

—No estoy muy seguro que esto valga la pena —dijo—. Cuesta mucho y realmente tengo la impresión que no conseguiré nada.

«Cuesta tanto como ir allá», pensó.

—Usted tendrá la prueba tangible de su viaje —aseguró enfáticamente el señor McClane—. Todas las pruebas que necesite. Vea usted esto.

El hombre revolvió en un cajón de su impresionante mesa, y del interior de un gran sobre color marrón, extrajo una pequeña cartulina impresa en relieve.

—Se trata de un billete de viaje. Demuestra que usted ha hecho el viaje de ida y vuelta. Postales...

Sobre la mesa extendió cuatro fotografías tridimensionales a todo color, para que Quail las viese. Luego añadió:

—Película. Fotografías que usted tomó de algunos lugares típicos de Marte con una cámara de cine alquilada...

Mostró las fotos a Quail y continuó:

—... Más los nombres de las personas que ha conocido usted, objetos de recuerdo que llegarán de Marte en el mes próximo, y pasaporte, certificados de las vacunas que se le hayan puesto, y algunos detalles más.

El hombre guardó silencio y miró agudamente a Quail. Luego, añadió:

—Sabrá usted que ha viajado, que ha ido allá. No nos recordará a nosotros, ni a mí, ni siquiera el haber estado aquí. Será en su mente un verdadero viaje, le garantizamos eso. Dos semanas completas de recuerdos hasta su más mínimo detalle. Y no olvide esto: si alguna vez duda usted de realmente haber hecho el viaje a Marte, puede volver aquí y se le devolverá la cantidad cobrada, íntegramente. ¿Se da cuenta?

—Pero no habré ido —dijo Quail—. No habré ido, por muchas pruebas que ustedes me den de tal cosa.

Quail lanzó un profundo suspiro y añadió tras una breve pausa:

—Y jamás habré sido un agente secreto de la Interplan.

Le parecía imposible que el fabuloso recuerdo que inyectaba Rekal pudiese desarrollar aquella labor..., a pesar de lo que había oído decir a la gente.

—Señor Quail —dijo pacientemente McClane—. Como usted mismo nos explicó en su carta, no tiene oportunidad, ni la más ligera posibilidad de ir alguna vez a Marte; no puede usted permitírselo, y lo que es mucho más importante, nunca podrá usted llegar a ser un agente secreto para Interplan ni para nadie. No puede serlo ni lo será jamás. Ésta es la única forma de alcanzar..., bien, el sueño de su vida, ¿no tengo razón, señor?

McClane cloqueó con la garganta y añadió:

—Pero puede haberlo sido y haberlo hecho. Nos preocuparemos a fin que así sea. Y nuestros honorarios son muy

razonables.

Tras pronunciar sus últimas palabras, McClane sonrió animadamente.

—¿Es tan convincente ese recuerdo inyectable? —preguntó Quail.

—Mucho más que la realidad, señor. Si de verdad hubiese usted ido a Marte como agente de la Interplan, ahora habría olvidado muchas cosas; nuestro análisis sobre los sistemas de la verdadera memoria (auténticos recuerdos de principales acontecimientos de la vida de una persona) demuestran que siempre se pierden muchos detalles, detalles que se olvidan y que jamás vuelven a recordarse. Parte de lo que le ofrecemos es que todo cuanto plantemos en su memoria jamás lo olvidará. La serie de imágenes e ideas que se le inyectarán cuando esté usted en estado de inconsciencia es la creación de grandes expertos, hombres que han pasado años en Marte. En cada caso verificamos los detalles en forma realmente exhaustiva. Aparte que ha elegido usted un sistema muy fácil para nosotros; si hubiese usted deseado ser Emperador de la Alianza de Planetas Interiores o hubiera elegido Plutón para su viaje, hubiésemos tenido muchas más dificultades..., y, por supuesto, los honorarios habrían sido también muy superiores.

Llevándose una mano al bolsillo interior de su chaqueta para extraer la cartera, Quail dijo:

—Está bien. Ha sido la ambición de toda mi vida, y sé que realmente nunca la conseguiré. De manera que imagino que tendré que aceptar esto.

—No piense de esa forma —dijo McClane, severamente—. No está usted aceptando lo que podríamos llamar un segundo plato. El recuerdo real con todas sus vaguedades, omisiones, por no citar también sus distorsiones, sí que es en realidad un segundo plato.

McClane aceptó el dinero y oprimió un botón que había sobre su mesa. Luego, cuando se abrió la puerta para dar paso a dos hombres fornidos, añadió:

—Está bien, señor Quail. Irá usted a Marte como agente secreto.

McClane se levantó, estrechó la mano de Quail, húmeda a causa de los nervios, y concluyó:

—O mejor dicho, ya está usted en camino. Esta tarde a las cuatro y media regresará a la Tierra; un taxi le llevará hasta su vivienda, y como ya le he dicho, nunca recordará haberme visto o haber venido aquí; en realidad, ni siquiera sabrá algo de nuestra existencia.

Con la boca reseca por el nerviosismo, Quail siguió a los dos técnicos; lo que sucediese a continuación dependería de ellos.

«¿Llegaré a creer que realmente estuve en Marte? —se preguntó—. ¿Llegaré a estar seguro de haber logrado al fin la ambición de toda mi vida?»

Quail intuía que algo, sin saber por qué, saldría mal. Pero ignoraba de qué podía tratarse.

Tendría que esperar para saberlo.

El aparato de comunicación interior de McClane, que le conectaba con el área de trabajo de la firma, sonó, y dijo una voz:

—El señor Quail está en este momento bajo los efectos sedantes, señor. ¿Quiere usted supervisar esta operación, o seguimos adelante?

—Es de rutina —observó McClane—. Puede usted continuar, Lowe; no creo que tenga usted ninguna dificultad.

La programación del recuerdo artificial de un viaje a otro planeta —con o sin la adición de ser agente secreto— se realizaba en la firma con monótona regularidad. En un solo mes, McClane calculaba que probablemente se llevarían a cabo unas veinte veces; los viajes interplanetarios artificiales se habían convertido en pan diario.

—Lo que usted diga, señor McClane —respondió la voz de Lowe.

El aparato de comunicación interior guardó silencio.

Acercándose hasta la sección abovedada de la cámara situada detrás de su despacho, McClane buscó un paquete Tres y otro Sesenta y dos: Viaje a Marte; espía secreto-interplanetario. Luego regresó con ambos paquetes a su mesa de despacho, tomó asiento cómodamente, y extrajo todo el contenido..., objetos y documentos que se depositarían en la vivienda de Quail mientras los técnicos del laboratorio se ocupaban en fabricar el falso recuerdo.

Un localizador de ideas, y McClane pensó que aunque aquél era el objeto de mayor tamaño, también era el que les producía mayores beneficios económicos. Un transmisor tan diminuto que el agente podría tragárselo si le capturaban. Libro de claves que se parecía asombrosamente a uno auténtico..., los modelos de la firma eran extraordinariamente seguros: basados, siempre que era posible, sobre las verdaderas claves de los Estados Unidos. Diversos objetos que no parecían tener aplicación alguna, pero que formarían, al unirse en la memoria de Quail, base sólida sobre su imaginario viaje: media moneda, ya antigua, de plata, y con un valor de cincuenta centavos, varias anotaciones de los sermones de John Donne escritas incorrectamente, cada una de ellas en un trozo de papel fino y transparente, varios sobrecitos de cerillas de bares de Marte, una cuchara de acero inoxidable en la que se leían grabadas las siguientes palabras: «Propiedad del Kibutsim Nacional de Marte», un diminuto rollo de alambre que...

Sonó, una vez más, el aparato de comunicación interior.

—Señor McClane, siento mucho molestarle, pero sucede algo raro. Quizá fuese mejor que viniese usted un momento. Quail está ahora bajo efectos sedantes; reaccionó bien bajo la narquidrina; está completamente inconsciente, pero...

—Voy ahora mismo.

Intuyendo alguna dificultad seria, McClane abandonó su despacho. Un momento después aparecía en la zona de

trabajo.

Sobre una cama higiénica yacía Douglas Quail, respirando lenta y regularmente, con los ojos cerrados; parecía enterarse muy débilmente —sólo débilmente— de la presencia de los dos técnicos y del propio McClane.

—¿No hay espacio para insertar falsos modelos de memoria? —interrogó McClane, con irritación—. Será suficiente recurrir a dos semanas de trabajo; está empleado en la oficina de Emigración de la Costa Occidental, que es una agencia del Gobierno, y debido a ello, indudablemente durante el año pasado habrá disfrutado de dos semanas de vacaciones. Repito que con eso será suficiente.

Los detalles menudos siempre molestaban a McClane.

—Nuestro problema —dijo Lowe— es algo muy diferente. —Se inclinó sobre la cama y dijo a Quail—: Repítale al señor McClane lo que acaba de contarnos.

Los ojos grises del hombre que yacía boca arriba sobre la cama miraron al rostro de McClane. Éste los observó con atención. La expresión se había endurecido y tenían un aspecto inorgánico, pulido, como piedras semipreciosas. McClane no estaba muy seguro que le gustase lo que estaba viendo. Aquel brillo de los ojos era demasiado frío.

—¿Qué desea usted ahora? —preguntó Quail, ásperamente—. Salgan de aquí antes que los destroce a todos.

Estudió detenidamente a McClane y añadió:

—Especialmente usted. Sí, está usted a cargo de esta operación de contraespionaje.

Lowe dijo:

—¿Cuánto tiempo ha estado usted en Marte?

—Un mes —respondió Quail, con el mismo tono.

—¿Y cuál fue su propósito al ir allí? —exigió Lowe.

Los delgados labios de Quail se retorcieron un tanto, pero no habló. Finalmente, arrastrando las palabras hasta lograr que sonaran con evidente acento de hostilidad, dijo:

—Agente de Interplan. Ya se lo he dicho. ¿No graba usted todo cuanto se habla? Ponga en marcha esa cinta gra-

bada para que la escuche su jefe y déjeme tranquilo.

Cerró los ojos. La dureza de las pupilas se esfumó.

McClane se sintió inmediatamente aliviado.

Lowe dijo calmosamente:

—Éste es un hombre duro, señor McClane.

—No lo será —respondió McClane—. No lo será cuando de nuevo dispongamos que pierda su eslabón de memoria. Se mostrará tan dócil como antes.

Luego añadió, dirigiéndose a Quail:

—¿De manera que ésa era la razón por la que tanto ansiaba ir a Marte?

Sin abrir los ojos, Quail respondió:

—Nunca quise ir a Marte. Me destinaron y no tuve más remedio que ir. Confieso que sentía curiosidad por ir. ¿Quién no la hubiese sentido?

De nuevo abrió los ojos y miró a los tres hombres, en particular a McClane. Luego, murmuró:

—Buen suero de la verdad éste que usted tiene aquí. Me ha hecho recordar cosas que había olvidado completamente.

Hubo un silencio y luego murmuró, como si hablara para sí:

—¿Y Kirsten? ¿Estaría complicada en todo esto? Un contacto de Interplan vigilándome..., para tener la seguridad que yo no recuperase la memoria..., ¿podría ser? No me extraña que se burlara tanto de mis deseos de ir allá.

Muy débilmente, Quail sonrió. La sonrisa más bien de comprensión, se desvaneció casi inmediatamente.

McClane dijo:

—Por favor, créame, señor Quail; hemos tropezado con esto completamente por accidente. En el trabajo que realizamos...

—Le creo —respondió Quail.

Este último parecía cansado. La droga continuaba profundizando más y más en él.

—¿Dónde dije que había estado? —interrogó—. ¿Marte? Es difícil recordar. Sé que me gustaría haberlo visto; y creo que también le gustaría a todo el mundo. Pero yo...

Su voz se debilitó extraordinariamente, y musitó:

—... Yo, un simple empleado, un empleado que no sirve para nada...

Incorporándose, Lowe dijo a su superior:

—Desea un falso recuerdo que corresponde a un viaje que realmente ha hecho. Y una razón falsa que es la verdadera razón. Está diciendo la verdad; está muy sumido en la narquidrina. El viaje aparece muy vívido en su mente, al menos bajo el efecto de los sedantes. Pero aparentemente no puede recordarlo en estado de vigilia. Alguien, probablemente en los laboratorios de ciencias militares del Gobierno, borró sus recuerdos conscientes; todo cuanto sabía era que ir a Marte significaba para él algo especial, lo mismo que ser agente secreto. Eso no pudieron borrarlo; no es un recuerdo sino un deseo, indudablemente el mismo que le impulsó a presentarse voluntario para tal destino.

El otro técnico, Keeler, dijo a McClane:

—¿Qué hacemos? ¿Injertar un modelo de falso recuerdo sobre el verdadero? No se puede predecir cuáles serán los resultados. Podría recordar parte del verdadero viaje, y la confusión producir un intervalo psicopático. Se vería obligado a retener dos sujetos opuestos en su mente y hacerlo simultáneamente: que fue a Marte y que no fue. Que es un auténtico agente de Interplan y que no lo es... Creo que debemos despertarlo sin realizar ninguna implantación de falso recuerdo y sacarlo de aquí. Esto es un hierro candente.

—De acuerdo —respondió McClane.

Al asentir a la propuesta de Keeler se le ocurrió otra idea y preguntó:

—¿Pueden ustedes predecir qué es lo que recordará cuando salga del estado de estupor?

—Imposible de predecir —respondió Lowe—. Probablemente albergue, a partir de ahora, algún débil recuerdo de su verdadero viaje, y también es muy probable que tenga serias dudas sobre su veracidad. Quizá decida que en nuestra programación hubo un fallo. También podría recordar haber venido aquí; esto podría borrarse si usted lo desea.

—Cuanto menos nos relacionemos con este hombre, mejor —dijo McClane—. No debemos jugar con esto. Ya hemos sido lo suficientemente estúpidos, o infortunados, como para descubrir a un auténtico espía de Interplan, tan perfectamente camuflado que ni siquiera él mismo sabía quién era..., o, más bien, quién es.

Cuanto antes se desembarazasen de aquel individuo que se hacía llamar Douglas Quail, sería mejor.

—¿Piensa usted instalar los paquetes Tres y Sesenta y dos en su alojamiento? —preguntó Lowe.

—No —dijo McClane—. Y vamos a devolverle la mitad de los honorarios cobrados.

—¡La mitad! ¿Por qué la mitad?

McClane respondió débilmente:

—Opino que es un buen arreglo.

Cuando el coche llegó a su residencia, situada en un extremo de Chicago, Douglas Quail se dijo a sí mismo que, sin duda alguna, era una buena cosa haber regresado a la Tierra.

El largo período de estancia de un mes en Marte ya había comenzado a difuminarse en su memoria; sólo le quedaba una vaga imagen de los profundos cráteres, la omnipresente erosión de las colinas, de la vitalidad, del movimiento mismo. Un mundo de polvo donde pocas cosas ocurrían, un mundo en el que buena parte del día era preciso pasarlo comprobando una y otra vez las reservas de oxígeno. También recordaba las formas de vida, los modestos cactus color gris marrón y los gusanos.

De hecho había traído de Marte varios ejemplares moribundos de la fauna de aquel planeta; los había pasado de contrabando por las aduanas. Después de todo, no constituían ninguna amenaza; no podían sobrevivir en la densa atmósfera de la Tierra.

Introdujo una mano en el bolsillo en busca del pequeño estuche que contenía los gusanos, pero en su lugar extrajo un sobre.

Al abrirlo descubrió, perplejo, que contenía quinientas setenta cartulinas de crédito en forma de billetes de bajo valor.

«¿De dónde ha salido esto? —se preguntó a sí mismo—. ¿Acaso no gasté en el viaje hasta la última moneda que poseía?»

Junto con el dinero había una hoja de papel marcada con las palabras: Retenida la mitad de los honorarios y firmaba McClane. La fecha era la del día.

—Recuerda —dijo Quail, en voz alta.

—¿Recordar qué, señor o señora? —inquirió respetuosamente el conductor-robot del taxi.

—¿Tiene una guía telefónica? —preguntó Quail.

—Desde luego que sí, señor o señora.

Se abrió un pequeño compartimiento, y de su interior se deslizó una diminuta guía telefónica de Cook County.

—La redacción de esta guía es extraña —comentó Quail, al hojearla en sus páginas amarillas.

Sintió cierto temor. Hizo un esfuerzo para disimularlo, y luego dijo:

—Aquí está. Lléveme a Rekal Incorporated. He cambiado de idea, ya no quiero ir a casa.

—Sí, señor o señora —respondió el robot.

Un momento después, el taxi se lanzaba en dirección opuesta.

—¿Puedo usar su teléfono? —preguntó Quail.

—Con sumo placer —dijo el robot, presentándole un lujoso teléfono con tridivisión en color, completamente nue-